

Número 16
MAYO
1917

CORDELIA

PUBLICACION MENSUAL
DEDICADA A LA MUJER COSTARRICENSE

Director:
José - Sabio
Garnier

N
OBL
C1486
C.R.

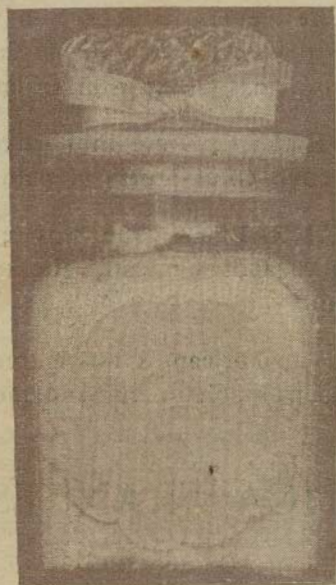
← SUMARIO →

ELEONORA DUSE
DE LA PRIMAVERA PARA LA PRIMAVERA
LA MAESTRA
UNA CRIADA NUEVA
LA MUÑECA DE LA NIÑA MUERTA
LAS DOS COQUETERÍAS
ARREGLO DE LAS FLORES
MUJERES DEL QUIJOTE
RECETAS DE COCINA



NIEVE FILODERMA

No contiene sustancias grasosas ni tóxicas



Mantiene la piel siempre suave, fresca y limpia

Crema deliciosa para el cutis

Preparada por **HERMANN & ZELEDÓN** - Botica Fra...



Recetas de Cocina

1.—**Consommé fin:** colocad en el fondo de la olla una capa de tajadas gruesas de jamón y una capa de hierbas y de raíces: apio, nabos, zanahorias, perejil etc., mezcladas con un poco de cebolla y un poco, muy poco de manteca, colocad encima un **bisté** cocido, algunas tajaditas de ternero apenas doradas en mantequilla. Dejad que todo se dore, mojad con dos o tres vasos de agua; después de algún tiempo agregad tanta agua cuanto caldo necesitáis no olvidando que conviene poner unos dos vasos más de agua; después de dejarlo todo cocerse durante unas tres horas más o menos, colad y desmantedad; si el **consommé** no estuviese claro coladlo de nuevo sirviéndoos de una tela corriente.

2.—**Sopa de crema de huevo:** haced una crema a baño-maria con dos huevos enteros bien batidos, un octavo de litro de leche y un poco de **consommé**. Cuando esté ya lista dicha crema y ya fría echadla en el caldo hirviente y agítadla un minuto mientras está en el fuego.

3.—**Croquettes** de pollo.—Proporciones: para 400 gramos de carne se necesitan 70 gramos de mantequilla, siete cucharadas de harina y dos huevos; aumentando la cantidad de los huevos se puede disminuir la de la mantequilla. En general se calcula una cucharada de harina por persona.

Pasad dos o tres veces por la máquina trituradora o triturad de cualquier manera pedazos de pollo y una pequeña

parte de carne de ternero frita con mantequilla y rociada con un poco de vino blanco. Poned la mantequilla en el fuego, mezclad la harina con un poco de sal, diluídlo todo poco a poco con leche buena. Agregad la carne, dejad que el todo se enfríe, agregad los huevos y echándolo todo sobre una tabla para hacer pastas alimenticias amasadlo bien y haced las **croquettes** dándoles la forma que prefiráis pero con las manos para que la pasta sea lisa y brillante. Envolved cada **croquette** en huevos batidos y en pan y freídlas.

Deben tener siempre una bella cáscara dorada.

De la misma manera se hacen las **croquettes** de ternero y de cualquier clase de carne.

4.—**Nieve de huevos:** romped doce huevos separando las yemas de las claras y procurando que aquellas no se rompan. Batid las claras de modo que queden bien densas, agregad dos yemas, pimienta, sal, un poquito de harina y unas gotas de vinagre. Tened cuidado de colocar las yemas entre dos capas de claras batidas; calentad un poco de mantequilla en una cazuelita, colocad en ella yemas envueltas una por una friendolas hasta que tomen un color dorado. Hervídlas con una salsa algo picante o con un poco de mostaza.

Para el próximo número: **DIVERSAS MANERAS DE PREPARAR EL BACALAO**

Teatro Trébol

SIEMPRE SELECTOS ESPECTACULOS

Las mejores cintas
cinematográficas
que se exhiben en el país

En este mes:
Debut de la
Troupe Juvenil SOLER

Emulsión Imperial

De Aceite puro de Hígado de Bacalao, con Glicerofosfatos de Cal y Sodio. Para las afecciones pulmonares, resfriados, etc. Por sus propiedades nutritivas y reconstituyentes se recomienda con éxito para niños y ancianos

Preparada por **Hermann & Zeledón**

↑↑↑ CASPOSANA ↑↑↑

LOCION ANTISÉPTICA PARA EL CABELLO

CURA La Caspa, la Calvicie y todas las enfermedades del cráneo, matando el microbio que las produce

UN RÉMEDIO FRAGRANTE QUE CURA Y QUE PERFUMA

Preparada por la **BOTICA FRANCESA**

CREMA MAGNOLIA

La mejor crema para blanquear el cutis, comunicándole una frescura sin igual y facilitando la adherencia de los polvos para la cara

Preparada por **HERMANN & ZELEDON - BOTICA FRANCESA**

TALCO BORATADO VIOLETA

PARA EL TOCADOR

INMEJORABLE PARA EL CUTIS DE NIÑOS Y ADULTOS

REFRESCA, SUAVIZA Y PRESERVA EL CUTIS

Preparado por la **BOTICA FRANCESA**

Número 16
MAYO
1917

CORDELIA

PUBLICACION MENSUAL
DEDICADA A LA MUJER COSTARRICENSE

Director:
José Sabio
Garnier



Eleonora Duse

Eminente Trágica Italiana



La Duse ha sido la actriz admirada por los hombres de genio.

Dumas lamentaba por el arte de su país que no hubiera nacido francesa; Verdi decía: "Si yo la hubiese oído antes de escribir La Traviata, qué bello final hubiera hecho con aquel "crescendo" de Armando que ella ha encontrado en su alma".

Ella, sin embargo, ha tenido siempre un anhelo de reposo, de tranquilidad.

Un día visitó en Niza la casa, perdida entre rosales, donde ocultaba su duelo la madre de Guy de Maupassant, y la pobre viejecita la dijo, agradecida:

—Usted tiene genio, un gran nombre, gloria. ¿Qué puedo yo desearle?

—La paz, respondió la gran artista.

Y en su vida, tan combatida de dolores, ella ha buscado ansiosa la paz.

Hace años que reposa en su apartada casita, en una vía milenaria, solitaria, inencontrable, lejana del teatro. Si se acerca de nuevo a la vida es para hacer el bien, con esa gran naturalidad y esa gran sencillez que hay en ella, esa cosa suave que le es propia a su semblante dulce y triste. Sus cabellos son un poco trágicos, con su peinado de siempre, sin coquetería, fiel a una moda muy suya y personal. La Duse no ha exagerado nunca el gesto ni en el teatro ni en la vida. En la Duse es todo naturalidad, no hay en ella un deseo de exhibición, sin mirar hacia el mundo, indiferente a sus juicios, atenta a su propia alma, con sus ojos llenos siempre de esa tristeza suya, inteligente, afectuosa, interminable.

De la primavera para la primavera

H 056
948c
CP

El mes de abril, primavera, juventud del año, impone a las niñas que van para la juventud—primavera de la vida—unos cuantos deberes especialísimos. Para aprenderlos, comprenderlos y cumplirlos perfectamente, estudien ustedes lo que hace en este mes la tierra, maestra de vida, e imítienla.

En primavera reverdecen los campos, brotan las hojas nuevas, se abren las primeras flores, se deshacen las nieves, se rompe el hielo de las fuentes, las frutas, que han de venir en su sazón a aliviar a los hombres del calor del estío; el pan, que ha de ayudarles a pasar el invierno, se preparan en la apenas hinchada yema del frutal, en el tallo que apenas levanta un palmo de la tierra, y que ha de ser espiga. En abril aparecen los primeros nidos; los chaparrones de abril limpian el aire de la pesadumbre invernal, dejándole lavado y fresco, para que en su limpieza pueda brillar mejor el sol de mayo; los pájaros madrugan a cantar; las violetas, socarronamente escondidas bajo las hojas anchas, huelen a gloria e incitan a buscarlas al que más distraído pasa cerca de ellas; las primeras mariposas vuelan trabajadoras, aprovechando su corta vida para hacer bien; el agua corre alegre en los arroyos; el aire, a días, sacude con benéfica violencia los árboles para poner en movimiento la savia dormida: todo trabaja, todo se esfuerza por cumplir la misión que le está encomendada, y la

primavera, joven, florida, radiante, se ríe con sonrisa feliz, no porque es hermosa, sino porque es promesa de abundancias futuras.

En ella deben ustedes aprender, a ella deben ustedes imitar. Mediten ustedes las obligaciones que les impone.

Hay que renacer

Es decir, tienen ustedes que darse cuenta de que viven y de que la vida es don maravilloso y fiesta inacabable. "Fiesta... sólo para el sabio", ha dicho Platón... Y Platón sabía lo que estaba diciendo al decirlo, porque él fué tal vez el sabio más sabio de cuantos han pasado por la tierra. Es preciso, por lo tanto, para renacer, proponerse adquirir la sabiduría, que es la única que puede hacernos gozar del festín. Abran ustedes los ojos del cuerpo y del alma; observen ustedes, estudien ustedes, pregunten ustedes, aprendan ustedes con alegría, con ansia de saber, con afán de conocer el mundo y de conocerse a sí mismas, con hambre y sed de justicia, sobre todo, porque conocimiento que no nos sirve para ser más justos, es conocimiento perdido. Acuérdense ustedes de la viejecita que no quería morir por saber cada día una cosa más; ahora están ustedes en la edad de aprender "una cosa más" cada cinco minutos. El mundo está ante ustedes, nuevo y recién nacido. Láncense a descubrirle con ardiente y apasionada curiosidad. La recom-

pensa es grande y sabrosa; yo se lo fío a ustedes.

Hay que romper el hielo de las fuentes

Es decir, tienen ustedes que

romper la rutina de un método de vida gris, sin ideales, consagrado a charlas sin substancia, a diversiones tontas; a visiteos insubstanciales; a murmuraciones estúpidas; a preocupaciones



LA MAESTRA

Adaptación de ADA NEGRI

*Es la humilde maestra, revela su mirada
la calma y la paciente bondad con que sufrió
quien por tan largos años tan sólo ha conocido
la soledad, las penas, el llanto y el perdón.*

*Ignora de las madres las dichas inefables
y a los ajenos hijos prepara con amor
un porvenir risueño y en tanto la fatiga
invade lentamente sus fuerzas y su voz.*

*En su aposenso frío, como mortuoria caja,
jamás la luz hermosa brilló de la ilusión,
ni sueños de ventura, ni juventud ardiente
y en él junto a la amarga pobreza vegetó.*

*Allí morirá sola y un gesto de ternura,
en sus marchitos ojos conservará el dolor
y en su mortal delirio, sus mortecinos labios
dirán, por la vez última: niños, atención!*

J. M. ALFARO COOPER

3 febrero 1915.

sin sentido, de trapos y moños; a rivalidades mezquinas de amor propio, entre amigas; a paseos, sin otro gusto ni provecho que el de la vanidad, siempre malcontenta. Es preciso que se de-

cidan ustedes a vivir para algo y que rompan valerosamente el hielo que les separa de la humanidad. Piensen ustedes que son seres humanos y que tienen ustedes grandes deberes que

cumplir por este solo hecho; consideren ustedes que en sus manos jóvenes y robustas está dormido el porvenir del mundo, y prepárense a cumplir valerosamente los deberes de mujer fuerte que les están a ustedes esperando. No se desatiendan ustedes, porque ahora son felices, de los sufrimientos de la humanidad, y no piensen que a ustedes no les toca remediarlos, o que los sufrimientos son cosas "que ha querido Dios". Casi todos los sufrimientos humanos: la pobreza, las enfermedades que nacen de la miseria, las que vienen del vicio, los crímenes por falta de amor y caridad, son males que Dios no ha querido, males que proceden de la poca atención que hombres y mujeres prestan a su alma y a su vida. Y ustedes, precisamente ustedes, podrán remediar todo esto, en tiempo muy cercano, si ahora que son ustedes jóvenes rompen el hielo del egoísmo y no dejan que se les endurezca el corazón. ¡Tengan ustedes entusiasmo, por el amor de Dios..., y, además, ténganse ustedes en mucho, y sepan que la humanidad está esperando con ansia el resultado del trabajo de preparación que ahora deben ustedes estar llevando a cabo!

Hay que prepararse a dar fruto

El fruto que ustedes, mujeres de mañana, han de dar al mundo, han de ser sus hijos. Piensen ustedes en esto valerosamente, sin falso rubor; el rubor no está bien en cosa santa, y el más santo, más alto, más noble privilegio del mundo es la maternidad. El mundo de mañana

está esperando sus hombres, de ustedes. Prepárense ustedes a ser madres de veras. Una madre, "creadora de hombres", necesita salud, fuerza, ciencia, prudencia, justicia, fortaleza, templanza, caridad encendida, fe inmortal, esperanza indesarraigable, conciencia estricta y conciencia perfecta del bien que puede hacer. Todas las virtudes son pocas para formar el alma de una madre; toda la ciencia es poca para formar el entendimiento de una madre; todo el entusiasmo es poco para sostener a una madre en las dificultades de su santa misión. La madre es creadora con Dios; puede y debe ser redentora con él. Piensen ustedes en la gloria de dar al mundo un hombre y tiemblen ante la tremenda responsabilidad de tener en los brazos a un hijo y no saber hacer un hombre de él.

Hay que ser muy bonitas

Sí, señoras: la tierra es muy bonita en primavera; ustedes, como ella, tienen obligación de ser lo más bonitas posibles; ahora bien: la primera condición de la belleza es la salud. La obligación de tener salud es ineludible: "Santo, sano y sabio"; ha dicho uno de los más grandes filósofos españoles, Baltasar Gracián. La salud no es exclusivo don del cielo, como algunos piensan: la salud es, en gran parte, cuestión de voluntad. Primeramente es cuestión de limpieza: limpieza del cuerpo y del alma. Agua a cántaros, virtud por arrobas. Hay que lavarse el cuerpo de arriba abajo todos los días, y cuanto más fría esté

el agua, mejor. ¡Con eso se pone la piel tan sonrosada y los labios tan rojos...! Además, los ojos de la mujer limpia y que tiene buenos pensamientos, están siempre alegres y brillan con la luz inmortal. Parece como si todos los días despertasen a vida nueva y se maravillasen de encontrarla hermosa.

Un poeta español, queriendo bendecir la suerte de una mujer escribió para ella este deseo:

“¡Que cada vez que amanezca
despunte el sol por tu alma!”

Y al sol le gusta encontrar las ventanas con los cristales limpios, porque los vidrios sucios malamente dejan pasar la luz. Nuestro cuerpo es como cristal: por todo él se asoma el alma a contemplar la Naturaleza; a través de todo él, la tierra y el cielo encuentran el camino de nuestro entendimiento y nuestro corazón. Prisionera el alma de nuestro cuerpo, démosle siquiera, mientras viva en cárcel, cárcel limpia y con las ventanas de par en par. ¡Que no halle telarañas para mirar al cielo que es su patria; para gozar de la tierra, que es su huerto!

Niñas, deben ustedes a su cuerpo reverencia máxima. Aprendan ustedes las leyes que enseñan a conocerle, a respetarle y a conservarle en belleza y salud. Aprendan ustedes a hacer ejercicio, desechen la pereza, aprendan a comer racionalmente. ¡No prueben ustedes el vino, ni siquiera en chanza! En la antigua Roma de las virtudes austeras, de las mujeres castas y nobles, de los hombres leales y valientes que hicieron suyo el mundo,

se consideraba deshonra para la mujer haber bebido vino una vez en la vida.

Coman ustedes pocas golosinas, poquísima carne, mucha fruta, mucha verdura, cereales, pan; beban ustedes agua y leche. Acuéstense temprano, jueguen ustedes al aire libre, bailen ustedes también al aire libre, ocúpense en trabajos domésticos, que son excelente gimnasia, madruguen ustedes como alondras y canten como ruiseñores.

Esto, en cuanto a higiene corporal. En cuanto a higiene del alma (que también produce belleza en el rostro, porque parte esencial de la belleza consiste en la expresión), procuren ustedes que los buenos pensamientos sean en ustedes, aun más que costumbre, naturaleza. La envidia hace amarillar el rostro; la soberbia contrae el entrecejo y arruga la frente; la vanidad endurece y afea la expresión del mirar; el descontento forma arrugas feísimas junto a la boca; la ignorancia presta a la cara más bonita repulsiva expresión de estupidez; la vanidad hace perder al movimiento toda su naturalidad y le hace afectado y ridículo... Y así todo: no hay vicio ni defecto, por muy escondido que creamos tenerle, que no llevemos pintado en la cara. Por eso se ha dicho que el rostro es el espejo del alma.

Y, sobre todo, para ser realmente bonitas, nada de afeites. Afeites son los polvos, las pinturas, el horrible rojo color de remolacha que algunas de ustedes se ponen en los labios. Afeites son los cabellos postizos.

Afeites son los perfumes intensos. Muchas niñas de ahora tienen, al parecer, la extraña pretensión de no parecer mujeres honradas: tales van por las calles, que los hombres con un poco de juicio las tienen compasión.

Dice el *Libro de los Ejemplos*, joya de nuestra española literatura:

“Red de diablo es la mujer que se afeita por bien parecer”

Y es verdad; pero lo más triste del caso es que esta red del diablo no le sirve a ella para prender a nadie en complicidad con el diablo, sino para prenderse a sí misma. Supongamos, niñas, que desconfían ustedes de tal modo de sus naturales encantos, que se deciden ustedes al nefando método de la

pintura para “prender” a un hombre. ¿A qué hombre prenderán ustedes ofreciéndole la semejanza de una mala mujer? A un mal hombre o a un necio, no cabe duda. Y ¿les parece a ustedes suerte muy envidiable la de haber “prendido” a un individuo de semejante especie, y por añadidura, porque supongo que el individuo se casa con la prendedora, quedar presas con él y condenadas a él de por vida?

¡No les deseo a ustedes tan triste victoria!

Hay que esperar al amor con toda reverencia

Sí, niñas, sí, hay que esperar

al amor, porque el amor es la flor de la vida. Pero no hay que confundir al amor con el noviazgo; es más: el noviazgo es el enemigo del amor, porque estraga el corazón en juegos vanos, en disipaciones malsanas, y le imposibilita para la verdadera bendición de la suerte.

Dice San Francisco de Sales: “Virgenes, guardad cuidadosamente vuestro primer amor para vuestro marido.”

Yo me permito cambiar un poco de fórmula, y os digo: “¡No tengáis novio nunca, hasta que estéis seguras de estar verdaderamente enamoradas, y en cuanto estéis seguras de vuestro amor, casaos con él.”

Pero “hay que estar seguras”, y, sobre todo, no hay que dar nombre de amor a juegos de amor propio o a pasajeras emociones producidas por el malsano ambiente de un baile, de una charla, de una rivalidad entre chiquillas.

En el verdadero amor hay y debe haber dos elementos: atracción física y alta estimación moral; sin una o sin otra, comprometerse en una aventura amorosa es locura y predestinación de segura infelicidad. El matrimonio, estado perfecto, cumbre de la humana felicidad, cuando es matrimonio verdadero, es infierno en vida cuando se desacierta en él. ¡Guardad vuestro amor para vuestra felicidad, y esperad con paciencia y reverencia, no malgastando el tesoro en aventuras vanas! Buscad



un hombre y encontraréis un hombre; pero que encuentre él en vosotras una mujer, porque la vida que habéis de andar juntos no es juego de muñecas ni fiesta de salón, sino camino largo que hay que recorrer, huerto que hay que labrar, casa que edificar, tierra que dominar y

cielo que alcanzar. Todo eso pueden lograrlo juntos un hombre, una mujer y mucho amor; pero si falta uno de los tres elementos, la casa se hunde, el huerto no florece y el cielo se pierde.

GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA

Una criada nueva

Necesitaba una mucama joven y puse un aviso en LA PRENSA. Al día siguiente presentóse una multitud de fámulas. Las había de todas las nacionalidades y castas, y ofrecían las más diversas trazas y los más distintos colores y pelajes. Había donde elegir. Me quedé con una españolita menuda, muy linda y vivaz, muy parlanchina, originaria de Andalucía y criada en Madrid, "en los Madriles", dice ella.

—¿Cómo te llamas?

—Carmen.

—¿Cuántos años tienes?

—Diez y ocho cumplo el día de la Virgen.

—¿Cuándo viniste al país?

—Va "pa" dos años.

—Tenías 16.

—Eso es.

—¿Viniste sola?

—No señora... ¿Señora, o señorita?...

—Señora.

—Parece señorita la señora.

—¿Por...?

—Por lo fino del cuerpo y por lo fresco de la cara. Aquí las señoras engordan enseguida. Claro, no caminan, y siempre en coche... Pues no vine sola, no, señora, que vine con mi padre, mi madre y un hermano menor que yo, Luis—¡viera la señora que listo es!—; vinímonos todos que aquello está muy malo. Y todos nos acomodamos recién desembarcados; mi madre es cocinera—guisa muy bien,— mi padre es cobrador de un orfeón, y Luis está de dependiente en un almacén por menor, para "mandados", en la esquina de...

—Eres muy linda, muchacha.

—"Regulá" no más. Favor que me hace la señora.

—No, no, muy linda.

—Ojalá no lo fuera. Ahí tiene la señora mi desgracia.

—¿Pues...?

—Pues que ando casi siempre descolocada por eso. Verá la señora: entro en una casa donde hay señoritos niños, como dicen acá, y... claro, como una es así, vamos un poquito "agraciá", pues... no le dejan en paz a una, y una tiene que irse. Entra una luego en otra casa, y si el señor, sin malicia, la dice a una que es guapa—lo cual parece que es verdad, y ningún mal hay en decirlo, ni en oirlo—la señora la llama a una al día siguiente, le da a una la cuenta y la echa a una a la calle. Y "güelta" una a buscar colocación. Y va una de casa en casa, donde precisan mucama, y sale la señora y en cuanto la vea una la cara, la dice a una "no me conviene usted". De manera que una sola puede parar en casa de las viudas sin hijos o de las señoras muy viejas. La belleza, señora, es una calamidad cuando una es pobre. Y por eso temo que la señora tampoco quiera tomarme.

—La belleza no es para mí un inconveniente. Al contrario. Yo no quiero gente fea en mi casa.

—¡Qué rara es la señora!...

—Bueno: ¿y cuánto quieres ganar?

—Lo que la señora quiera pagarme. Porque ¿adónde va una con esta cara?...

—¿Tiene novio?

—¡No, no, no señora; le juro a la señora que no!...

—No te sofoques, muchacha. ¿Qué mal hay en tener novio? A mí me gusta que mis mucamas se casen con buenos muchachos y que sean felices. En mi casa se han casado ya unas cuantas y yo he sido la madrina de todas. Nada, nada; hay que casarse; pero viendo bien con quién ¿eh?...

—¡Pero qué rarísima y qué “güena” es la señora!

—Bien, bien: ya hablaremos de esto. Vamos a ver: ¿en cuántas casas has estado en los dos años que llevas en Buenos Aires?

—Espere la señora que haga memoria..., una dos, tres... en seis.

—Pues no son pocas. ¿Y saliste?...

—Díjesele ya a la señora. Sólo de dos casas, las últimas, no salí por ser bonita, sino por otros motivos.

—¿En qué casas has estado últimamente?

—La anterior a la última...

—La penúltima.

—Eso es; habla muy bien la señora, como en España.

—¿Tú crees que en España se habla mejor que en Buenos Aires?

—Sacando los gallegos, los catalanes, los vascos, los andaluces y algunos otros, el resto habla muy bien.

—Pues apenas queda resto. Sigue: ¿cuál ha sido la penúltima?

—La casa de la viuda de Esquilón. Doña Margarita es “güenísima”; eso sí no se puede decir otra cosa; pero, yo no sé lo que le pasa. Unos días está contentísima; canta, ríe y hasta baila sola. Otros días, en cambio, ¡la viera la señora! Se va al saloncito donde está el retrato del doctor Esquilón y empieza a llorar a gritos. Toda despeñada, se tira en un sofá, y allí gime y suspira. Parece que se va a morir como la Dama de las Camelias. Yo creo que los días que está muy alegre es porque se quiere volver a casar, y luego de repente, la da vergüenza, se va donde el retrato del doctor Esquilón y se pone así, desesperada

—¿Y tú, por qué crees que se quiere volver a casar?

—Suposiciones mías. Y más que suposiciones. Yo la acompañaba todos los días a las tiendas donde se toma te. Y siempre andaba por allí el doctor Gavilanes—lo más “güen” mozo señora; le viera!—y tomaban te, y él estaba muy obsequioso y la decía no sé qué cosas, porque yo me quedaba separada y no

oía; y ella se ponía lo más colorada y se reía mucho, y... ¡viera la señora qué miraditas le lanzaba al doctor Gavilanes!...

—Bueno: pero, ¿por qué te echó?

—Pues, verá la señora. Un día estaba yo limpiando el saloncito y al contemplar el retrato del doctor, dije en voz alta: “Pobre doctor Esquilón. Pronto te sacarán de aquí y ya no vendrá doña Margarita a desesperarse en este sofá”. Me oyó la otra mucama, que es una chismosa, y se lo contó a la señora. Y me echó.

—Muy bien hecho: ¿quien te mete a tí a decir esas cosas?

—Yo creí que sólo me oía el doctor Esquilón. Además, es verdad; lo van a sacar no más. A los pocos días la señora me volvió a llamar; pero ya me había colocado en otra parte.

—¿En dónde?

—En casa de misia Melchora Ponce del Ebro de Nuezvana.

—¿Y por qué saliste?

—¡Ay, señora, no me hable! Allí no se puede vivir. Parece un cementerio aquella casa. Es una tristeza... ¡ay, qué tristeza! Nadie ríe; apenas se habla. Todos los sirvientes mucamos, mucamas, amas de llaves, porteros, lacayos, todos nos deslizábamos en la punta de los pies para no hacer ruido por aquellos salones a media luz, tan tristes, tan imponentes. Yo estaba encargada de limpiar los grandes retratos que hay en la sala grande. Antes siempre le limpiaba el polvo cantando al obispo de Chuquisaca; pero desde que pasó lo que pasó, ya nadie podía allí cantar, ni hablar alto, ni respirar siquiera. Pero ¡qué tonta esa Inesita, no quererse casar con el niño Carlos, teniendo tanta plata, estancias, casas, vacas, ovejas ¡qué se yo! Pues no le quiere, es inútil, no le quiere y no le quiere. Dicen que se casa con otro, con un tal Raúl, un pobrete que no tiene donde caerse muerto. Pero ella le prefiere. He oído decir que es lindísima. Pero lo que es inteligente... no lo parece. ¡Con lo bien que estaría al lado de misia Melchora, que la daría... ¡figúrese la señora!... todo lo que quisiera.

—¿Y a tí qué te parece Carlitos?

—¡Viera la señora cómo está el niño! No sale de casa; se pasa los días y las noches leyendo. Cuando se cansa, se acuesta boca abajo, vestido, y con la cara enterrada en las almohadas, que

se quedan húmedas. Se conoce que llora: ¡Y dice unas cosas!... La desesperación le ha cambiado por completo. Un día dijo que el mundo se ha quedado vacío, que carece de sentido. ¡Que cosas oye una! ¿Qué no hay sentido en el mundo? ¡Si no hay otra cosa!

—Sentido no es lo mismo que sentidos.

—¡Ah!... yo creí que era igual. Dice también el niño Carlos que las bombas de la guerra europea no sirven para nada y que... ¿cómo dice él?... ¡ah ya!... que la química explosiva está atrasadísima, porque debía existir una granada con la cual volara todo el mundo. ¡Tener que volar todos porque a él no le quiera la niña Inés!... ¡Oye una cada cosa! Ya no va el maestro de baile que antes iba, día por medio, a enseñarle a bailar tango fino. Yo lo sentí mucho, porque algunos días me llamaba el niño para que diera unas vueltas con el maestro y así enterarse bien el niño de ciertos pasos. De esta manera aprendía yo también.

—¿Bailas tango?

—Bastante bien; pero como las niñas; no vaya a creer la señora...

—Está bueno.

—Otros días el niño dice que se va a meter a fraile. En esos momentos se pone tristísimo. Pero ¿cómo va a ser fraile si no sabe rezar ni el Padrenuestro? Cuando dice esto, misia Melchora llora muchísimo, le abraza y exclama: "qué será de mí, sola en el mundo!" ¡Pobre misia Melchora! ¡Viera la señora cómo ha envejecido! Está en los puros huesos. Ella tiene mucho miedo de que el niño, un día o una noche ¡pun!, se pegue un tiro. "Para vivir así—dice él—más vale acabar de una vez."— "¡No digas eso—exclama la abuela,—porque me matas, me matas! Ya encontrarás otra mejor que ella." Y él responde: "¡Ay, abuelita, en el mundo no hay más que ella; todas las demás sobran!" ¡Cómo la quiere! ¡Viera la señora! Ya no se pone el niño agua de lino en la cabeza, ni se aplancha el pelo. La melena le cae suelta sobre los ojos y se ha dejado crecer las barbitas ralas que tiene. Misia Melchora quiere que vaya el peluquero; pero el niño no quiere: "estoy bien, y mejor estaría muerto." Está pálido como la cera y se le han agrandado los ojos, con un gran cerco de violeta. Se parece a un santo que hay en mi pueblo que se llama San

Luis Gonzaga. Un día me dijo el niño: "Dichosa tú Carmen, que tienes ilusiones todo es mentira; la vida no vale nada, y como dice Sispiri..."

—Shakespeare.

—Bueno: sólo el dolor es verdad, y el ir viviendo es ir muriendo. Al niño parece que le ha nacido talento con el dolor. Antes no decía más que pavaditas; pero ahora habla como los personajes tristes de las novelas.

—¿Y qué personas van a la casa?

—Casi nadie; apenas reciben visitas. Sólo suelen ir el P. Serafín y el P. Izarralde. Son los que consuelan a misia Melchora, sobre todo, el P. Serafín, que es muy "güeno", muy humilde y muy dulce. Siempre aconseja la serenidad, la resignación, la modestia. Es más simpático que el P. Izarralde. Un día que se quedaron los dos solos en la salita, porque misia Melchora estaba enferma, les oí disputar detrás de la puerta. El P. Serafín decía que Inesita era libre y automática...

—Autónoma.

—Eso; para casarse con quien quisiera. Y el P. Izarralde le retrucaba que la libertad no existe, que es una ilusión, y que la... ¿cómo decía?... ¡ah, ya! que la ética... abstru... abstru...

—Abstracta.

—Eso. En fin, yo no sé lo que dice el P. Izarralde, porque emplea unas palabritas que... ¡ya, ya! En cambio al P. Serafín se le entiende muy bien; él dice que la gente se debe casar a gusto. Y esto está claro. El P. Serafín siempre trata de aplacar el orgullo de misia Melchora y de animar al niño. En cambio, el P. Izarralde siempre le da a la pobre vieja más humos, diciendo que Inesita es una aturdida y que sus desdenes jamás podrán alcanzar a herir a los Nuevanzas, Ebros y Ponces, que constituyen el patri... ¿cómo dice?...

—El patriciado.

—Eso. ¡Es que habla de una manera tan "finolis"!... Parece un Castelar. El P. Serafín es muy sencillito; anda siempre con temor, las manos cruzadas, el aire humildísimo y viste un traje ya viejito. El P. Izarralde, en cambio, es lo más elegante; anda siempre erguido, con el manto cruzado y el aire muy desenvuelto. El P. Serafín va a casa de misia Melchora a que le manden, a obedecer. El P. Izarralde va a mandar. A mí me parece que el P. Serafín ha nacido para padre de los pobres y mon-

señor Izarraide para padre de los ricos.

La muchacha hace una pausa y agrega: "A mi no me gusta andar con chismes de una casa en otra..."

—Ya, ya lo veo...

—Ahora la señora dirá...

—Pues, nada, te quedas. Vete donde

están las otras mucamas y ellas te dirán lo que tienes que hacer. Y a portarse bien, ¿eh?

—Sí señora; pierda "cuidao" la señora...

MARIANELA

La Muñeca de la Niña Muerta

*Juanita: esa muñeca, vive casi, es tu herencia,
en años te aventaja y en grata somnolencia
ha estado largo tiempo, sin turbarla jamás;
alguien hoy la despierta, la adorna y te la envía,
sé dichosa con ella que formó la alegría
de otro corazoncito que ya no late más.*

*Otra niña arrullóla con gentil movimiento
y sus ojos brillantes de vida y pensamiento,
como tú la miraron con miradas de amor,
mientras que, madrecita cariñosa y ufana,
calentaban sus besos la faz de porcelana
que risueña acaricias con tus labios en flor.*

*Ese ajuar de muñeca con que juegas, ha hecho
correr mi llanto amargo de dolor y despecho:
vestidos adornados con encaje sutil,
zapatitos y cintas del color de las rosas,
tesoros pequeñitos y pequeñitas cosas
de las niñas que mueren con las flores de Abril.*

*Todos esos recuerdos de la hijita que lloro
yo te los doy en cambio de otro rico tesoro:
el bien que me hacen, niña, tus risas de placer.
Por qué misterio ignoras, adorable y profundo,
hay tantos corazones, sin dichas en el mundo,
que en torno suyo pueden hacerlas florecer!*

BERTHA GALERON DE CALONNE (1)

Traducción del Francés por J. M. ALFARO COOPER

Abril de 1916.

(1) Sorda y ciega desde su infancia. Victor Hugo que la conoció, la llamaba: la gran vidente y Carmen Silva define sus versos: causa de una gran alegría para todos aquellos que creen en el poder y en el triunfo del alma sobre la materia.



Las dos Coqueterías

No hace muchos años, mi querida Paquita, cuando la Institución Berquín cobijaba aún tu tranquila vida de muchacha, se me ocurrió dirigirte una ligera homilía epistolar a propósito de lo que llamé las dos coqueterías. Hay, te dije, una coquetería buena y otra mala. La coquetería buena es sencillamente una de las formas de la cortesía social, y consiste en hacer esfuerzos para que nuestra presencia sea lo más agradable posible a los demás. Una mujer mal vestida, mal arreglada, produce tan mal efecto como un hombre de modales groseros. Contribuir a la amabilidad del medio en que se vive por el modo de vestirse, he aquí, para la mujer, la coquetería buena. En resumidas cuentas, es un esfuerzo de equilibrio y de armonía; es la coquetería *altruista*.

La otra coquetería—la mala—se esfuerza, por el contrario, no para favorecer el equilibrio y la armonía del medio que se frecuente, sino para alterar ese equilibrio y romper esa armonía. Más que gustar a los demás, lo que desea es asombrarles, mortificarles, humillarles. Y esa es la coquetería *egoísta*.

También te decía, mi encantadora sobrina, que según mi modo de pensar, el traje de la mujer debe de ser "sincero", o, lo que es lo mismo, debe expresar dentro de los límites de lo posible, el estado social y el estado de fortuna de la mujer

que lo lleva. ¡Funesta ostentación la de un traje de mujer, si esa ostentación es mentirosa! Y no solamente porque la sinceridad sea hermosa y la mentira fea, sino porque una mujer que se vista como se visten las que ocupan posición más elevada a la suya, se prepara a sí misma mil sinsabores y mil humillaciones.

Estas eran las direcciones generales que yo indicaba a la linda pensionista de la señora Rochette. Ahora te diré que, cuando te las trazaba sentado a mi mesa de trabajo, no podía menos de sonreír. Con efecto, una pensionista de la señora Rochette no corría gran riesgo de ser víctima de la coquetería, o, por lo menos, su coquetería estaba condenada a ser platónica. Es cierto que una vez que me correspondió el honor de acompañar a Paquita a lo que ella llamaba "recorrer tiendas", había sorprendido en sus miradas verdadera fiebre y atracción instintiva hacia las cosas de lujo. Pero, como yo conocía los límites de su presupuesto —y también las ideas de la bonísima señora Le Quellin en lo tocante a vestidos,— estaba muy tranquilo con respecto al fracaso final de aquellas veleidades de suntuosidad. Y me divertía exponiéndote teorías generales sobre la coquetería, mas bien para no salirme de mi papel de tío sermoneador, que con objeto de hacer frente a un peligro inmediato.



Hoy, Paquita, las cosas han cambiado mucho. Estás casada, y eres, con amplia medida, la dueña absoluta de tu presupuesto.—Cualquiera que sea el sistema adoptado en un hogar, la mujer es casi siempre el intendente de la mayor parte del presupuesto, aun cuando ciertos maridos inocentes imaginen lo contrario.—De tí depende, pues, utilizar los recursos comunes en el orden y la medida de tus gustos. Ahora bien, de todos los gustos de la mujer moderna, el que sin duda alguna cuesta más de satisfacer, es el de los trajes lujosos. De modo que, mientras la coquetería de una muchacha soltera únicamente puede ser un juego sin consecuencias, la coquetería de la esposa repercute en seguida en uno de los lazos esenciales del matrimonio: *el interés*. Por lo demás te demostraré que no ejerce menor influencia en los dos otros lazos que son *el amor y la costumbre*.

La repercusión en los intereses del hogar es tanto menos despreciable cuanto que el carácter principal del traje femenino moderno es el ser caro, y cada día más caro.

Observa a las mujeres que en esta estación, y por las tardes, pueblan la calle de la Paix: observa también los automóviles y los carruajes. Tú, que ahora conoces el precio de las cosas, calcularás rápidamente que muchas de aquellas, aunque sólo luzcan como joyas un hilo de perlas y algunas sortijas, llevan encima, entre encajes, telas, pieles y sombrero, por valor de cien mil fran-

cos. Y tú misma me confesabas recientemente, que el precio de las cosas "aumenta todos los años". Nada más fácil que vencerse de ello: basta hojear los periódicos mundanos de hace diez, quince o veinte años. Aun en la época del Segundo Imperio, célebre por sus prodigalidades, una mujer podía ser elegante gastando la mitad de lo que para serlo se gasta hoy. Y una mundana de nuestra época sonríe compasivamente cuando lee las descripciones que Balzac hace de los trajes de madama de Mortsauf o de Delfina de Nucingen.

Con frecuencia me he preguntado, mi querida sobrina,—y esto será, si me lo permites, una digresión,—a qué se debe que constantemente aumenten los precios de cuanto se refiere al traje femenino. Es indudable que costureras, modistas y demás vendedoras renunciarían a ello si su clientela no las siguiese y animase a continuar, y casi estoy tentado de creer que la clientela las precede y las estimula. Los motivos que las mujeres tienen para desear cosas cada día más caras —y eso con el consentimiento de los maridos, pues de lo contrario pronto pasaría la progresión—son, evidentemente motivos de vanidad. En nuestros días, en París por lo menos, nadie se distingue apenas de su vecino por el lujo de la casa, de los lacayos y de los carruajes. El número de hoteles particulares disminuye a ojos vistas, y todos los pisos tienden a parecerse. Los automóviles someten a una regla casi uniforme el lujo de la lo-

comoción, y muy ladino ha de ser quien distinga a la primera ojeada una diferencia de tres mil francos entre dos berlinas. En las mismas épocas del año, todo el mundo suele hacer los mismos viajes, y en una palabra, cierto estado de vida medianamente lujosa se ha extendido y democratizado muchísimo con gran prejuicio para las vanidades de los muy ricos. Preciso ha sido pues encontrar la cosa insignificante infinitamente cara que separase a los muy ricos de aquellos que lo son medianamente; y esta cosa es el traje femenino. Utilizando encajes, bordados antiguos y pieles raras, se ha conseguido que cosas pequeñas resulten carísimas, y si hoy todavía se vacila antes de decidirse a la adjudicación de piedras preciosas, a ello se llegará antes de mucho. Los multimillonarios norteamericanos ¿no se han decidido ya a abrocharse los calzoncillos con diamantes de gran valor? Desde el momento que el traje femenino ha llegado a ser el signo exterior de la riqueza — como lo fueron en otros tiempos los carruajes y los lacayos, — la vanidosa riqueza llevará su esfuerzo hasta el fin.

Al empezar el párrafo precedente te he dicho que se trataba de una digresión... Pues bien, me equivocaba de medio a medio, porque la tal digresión no existe. En ella se trata el objeto de esta carta. Y, puesto que el traje femenino se ha convertido en objeto de concurso entre las grandes fortunas, concurso que ha de poner de manifiesto la abundancia de dinero y la

solidez del capital, evidente es que las fortunas frágiles y de menor importancia hayan de ser vencidas de antemano en la lucha. Y no solamente las frágiles y de menor importancia, sino todas aquellas cuya amplitud y resistencia no son más que medianas.

Mujeres, vosotras que imagináis poder causar la impresión de suprema elegancia consagrandó tres mil, cinco mil, ocho mil o diez mil francos a vuestro guardarropa, lo cual es ya desmesurado para la mayor parte de las fortunas medianas, aún en París, — abandonad toda esperanza: nunca conseguiréis engañar a los conocedores, cuyos sufragios, en el fondo, son los únicos que deseáis. La única impresión que podréis causar será la del esfuerzo... ¡Reflexionad un poco! En París, y en las ciudades donde la gente pretende vestirse "como se viste en París", todas las mujeres que se preocupan por los trajes están maravillosamente enteradas del precio de las cosas, de su calidad y del nombre de los proveedores. Una parisiense elegante, evaluará vuestro vestido de golpe, cincuenta francos más o menos, y os dirá enseguida donde lo habéis adquirido: de manera que lo que gastéis en vestir se clasificará inmediatamente. La opinión, por la cual os imponéis todo género de sacrificio, no quiere dejarse engañar, y fríamente os dice el dinero que habéis gastado. Únicamente os ilusionáis a vosotras mismas — caso frecuentísimo entre los que se esfuerzan en aparentar juventud o fortuna — unos

tiñéndose el pelo, otros adornándose con perlas falsas.

Detengámonos un instante y aprovechémoslo para inscribir dos axiomas en nuestras tablillas:

- I.—*En la opinión, la confusión tiende a establecerse más y más entre la elegancia de una mujer y lo que gasta para vestirse.*
- II.—*Con respecto al valor de sus vestidos, ninguna mujer consigue engañar a la opinión.*

¡Axiomas duros! ¡Amargas verdades! Si otras mujeres, si ciertas mujeres los leen después que tú, Paquita, seguro estoy de que difamarán al escritor que tiene el no despre-

ciable valor de estamparlos para imponérselos a sus meditaciones. La ilusión de ser la que mejor se viste es grata al corazón de la mujer frívola: quitársela es hacer sangrar ese corazón ligero como si de él se arrancase el amor. Pero yo no escribo para una mujer frívola ¿verdad, mi linda sobrina? Escribo para una mujer que, gustándole la elegancia en el vestir, prefiere a todo, la salud del espíritu y quiere que su vida esté de acuerdo con las reglas de la verdad. Y yo desafío a que se encuentre una mujer de espíritu sano que después de haber reflexionado, no suscriba los axiomas precedentes.

MARCEL PRÉVOST

Arreglo de las Flores

Arte para combinarlas El color y forma Sencilles en las vasijas

El verdadero secreto del arte de arreglar flores es el dejarlas que se arreglen por sí solas. En otras palabras, tener las vasijas aparentes para cada clase de flor, de manera que cuando se coloquen en ellas tomen de suyo la posición más graciosa. No es una de las menores ventajas de este método el que obvia la necesidad de manosear demasiado las flores tan delicadas, tan susceptibles al menor contacto, razón por la cual cuanto menos se las toque mejor es.

La primera cosa que hay que considerar es cómo crecen las flores en su estado natural, y entonces elegir el florero o cacharro aparente en donde puedan aparecer casi como si estuvieran en la planta.

Luego es de suma importancia saberlas combinar, según las habitaciones a que se destinan y el decorado que impera en ellas. Por ejemplo, en una pieza de tonos oscuros, a la que se

quiere alegrar y romper su monotonía, ¿qué mejor que los matices rosa pálido, dorado y blanco combinación que será como un rayo de sol? Si el tapizado y moblaje son sobre todo, en color gris o verde, las rosas de tonos fuertes y rojos vendrán bien, y así en las demás. No se puede negar que para todo esto se necesita tener gusto artístico y delicado, para no cometer confusiones y echar a perder los efectos.

En cuanto al uso de las flores blancas, se necesita aún más tacto para obtener buenos resultados. El verde y blanco dan una impresión de frescura incomparable y producen verdadero deleite sobre los sentidos. Violetas blancas con fino helecho o blancos lirios entre verde follaje se combinan muy bien, pero no debe abusarse de ellas en una habitación fría, que necesita tonos más vivos.

En cuanto a las vasijas, no es tanto el

valor de ellas cuanto la forma y el color lo que favorece para el éxito de los efectos. Evitad los floreros y vasos de cuello y boca angostos, porque las flores piden agua en abundancia para absorberla y vivir. Las violetas, pensamientos, jacintos y todas aquellas que crecen agrupadas y tienen tallos más o menos cortos requieren vasos abiertos, de boca amplia y bajos, pues así podrán tomar una posición parecida a la que tenían en la planta. Muy distinto es lo que sucede con los claveles, rosas, lirios, dalias, crisantemos, etc., que exigen otra clase de floreros, según el largo de sus tallos.

El color de las vasijas es un punto importante, porque puede destruir parte del efecto si sus tonos son fuertes y chocan con los matices florales. El cristal iridiscente, la porcelana delicada de suaves colores y los cacharros de barro son materiales muy a propósito; pero cuando se emplean los primeros, téngase presente que los tallos de las flores sean de cierta belleza para que a través del cristal luzcan mejor.

Toda vasija de superficie brillante debe evitarse, porque no es distinguido por regla general.

A menudo una sola flor elegida y colocada hábilmente, da distinción y embellece una habitación. Una rosa, peonía, lirio, crisantemo o azalea cada una con su propio follaje en una vasija adecuada, bastará para imprimir a la habitación un sello de delicadeza y darle color.

Si las flores tienen fragancia suave, tales como las violetas o rosas te, se les deseará tener donde se pueda gozar de su delicioso perfume, pero si son de olor fuerte, como los jacintos y ciertos claveles, se pondrán sólo en piezas grandes y algo lejos de los sitios donde están los asientos.

La decoración de una mesa es un ar-

te distinto al sencillo arreglo de las flores en la casa. Para uso diario casi todas las flores son buenas con tal que sean frescas y se combinen con gusto en un cacharro apropiado; pero si se trata de un «lunch» o una comida requiérese habilidad práctica.

Debe tenerse siempre presente el principio para los dos casos de que la decoración no ha de interponerse entre los ojos de las personas sentadas en los lados opuestos de la mesa, frente a frente. Por regla general, es mejor que las decoraciones sean de estilo bajo. De vez en cuando puede conseguirse un efecto agradable, con un adorno alto y gracioso como orquídeas en delicadas ramas, que parecen una fuente floral, sobresaliendo de la altura de la vista.

Las flores de estación son siempre apropiadas para decorar la mesa. Los claveles, pensamientos y primulas sientan muy bien sobre el blanco mantel.

Para una comida sencilla, pero de cierta etiqueta, un centro de mesa en que predominan las rosas, con bastantante follaje verde como marco, es un adorno difícilmente sobrepasado y susceptible de muchas variaciones. No sólo se puede variar el color del más pálido crema al amarillo dorado o carmesí profundo, sino que también es posible introducir diferencias en el tamaño y forma.

El centro de mesa es suficiente para la mayoría de las comidas, pero si se desea algo más adornado hay grandes probabilidades de obtener buenos efectos con el agregado de piezas similares en tamaños más pequeños o con decoraciones individuales, guías, guirnaldas o cintas.

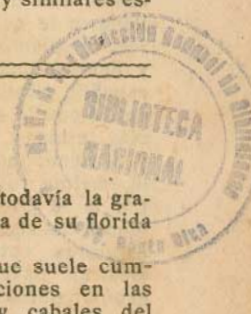
No se usen nunca flores muy olorosas para la mesa; por esta razón los narcisos, jacintos, fusias y similares están descartados.

Mujeres del Quijote

El dolor es el padre de la poesía y su madre la misericordia. Del infortunio y la piedad estrechamente abrazados en las almas próceres, nacieron los más sabrosos frutos del ingenio, esas creaciones inmortales que al cabo de

los siglos conservan todavía la gracia, la tersura y la fuerza de su florida juventud.

Y esta profunda ley que suele cumplirse con raras excepciones en las obras más sazonadas y cabales del



espíritu humano, resplandece como propia y nobilísima virtud del genio español, destinado a engendrar sus más hermosos y gallardos libros no en lugares de sosiego y ventura, en estancias apacibles y deleitosos vergeles, sino en duros caminos y oscuras cárceles, «donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación...»

En un lóbrego calabozo de Toledo, convertido en dulce retiro de las Musas por obra y gracia de San Juan de la Cruz, brotó la música inefable de aquellas lirras melodiosas, aquel divino epitalamio con que la lengua castellana mostró ser el idioma de los ángeles. En prisiones también, allí donde la envidia y la calumnia encerraron a Fray Luis de León, se escribieron los diálogos de su obra maestra, los *Nombres* sublimes del Príncipe de Paz. Y en la cárcel de Sevilla, entre el ruido de las cadenas y el hervor de aquellos *ranchos* mal olientes, nació el rey de los libros españoles, la epopeya del mundo moderno, *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

Hijo legítimo de la adversidad y la ternura de Cervantes, de su deseo de vivir, aun en los días invernizos en que veía desvanecerse toda ilusión, toda esperanza en la tierra, es el buen caballero don Quijote la encarnación del ideal en pugna con las amargas realidades de la vida. Empeñado con noble demencia en mejorar el mundo por el esfuerzo de su brazo, caído en toda suerte de humillaciones y malaventuras, retrata bien claramente el angustiado y amoroso espíritu de su dulce y triste padre.

Porque el dolor en las almas exquisitas, el espectáculo de las flaquezas humanas, la dura experiencia de las cosas, lejos de encallecer el corazón y llenarle de ácidos y corrosivos humores, le ablandan y le colman de caridad y benevolencia. Así Cervantes, gran español, cristiano viejo, sumo artista, sufrió con la sonrisa en los labios las más injustas tribulaciones: la soledad y el abandono, la cárcel y la pobreza, la envidia ruin; peleó por la patria y por la fe en «la más alta ocasión que vieron los siglos»; perdió allí la mano izquierda «para mayor gloria de la diestra»; padeció cautiverio en Argel; ganó en oficios humildes el pan de cada día; anduvo en traza de alcaballero por

los caminos castellanos y andaluces; conoció la gloria y el hambre, el amor y el odio; pero al llegar a la cumbre de su triste y henchida madurez, abarcó el espectáculo del mundo sin amargura y sin despecho, con una inmensa y penetrante mirada, con una piadosa ironía, con una blanda resignación.

De estos sentimientos generosos, como de un bálsamo espiritual, están unguadas todas las páginas del Quijote. Escrito con intención satírica, trasciende y se remonta de tan pobre nivel hasta convertirse en espejo purísimo de la humanidad entera, en síntesis grandiosa de lo ideal y de lo real. La compasión y la dulzura brotan a raudales de esta burla sin hiel; una risa llena de lágrimas nos da en el rostro y en el corazón. Los más vulgares episodios, los tipos más viles y groseros, las realidades más torpes y crudas, adquieren de súbito un sentido moral, un interés sobrehumano, se bañan y se limpian en el ambiente luminoso y estético del Quijote. Aldonza Lorenzo, las labradoras del Toboso, Teresa Panza, Sanchica, hasta las mozas alegres de la venta y la ruin Maritornes, se transfiguran por la virtud del arte cervantino, igual que el barro vil en los dedos creadores de un gran artifice. Figuras menudas, apenas esbozadas, quedan ya para siempre en la memoria, como seres que hemos visto al pasar alguna vez por caminos españoles. Tal se nos muestra la hija del ventero, aquella moza tan pizpireta y gentil que ayudó a curar a don Quijote tras la aventura de los yangüeses y lamentaba con tan donosas razones la crueldad de las damas con sus tristes y rendidos galanes. Aun sobre el feo rostro de la cerril Maritornes se dibuja una blanda sonrisa cuando oye contar las lindezas de los caballeros andantes y sus románticos amorfos, que a ella le parecen «cosas de mieles...»

CONCHA ESPINA DE LA SERNA

En números sucesivos, continuaremos publicando hermosos párrafos del libro interesantísimo que con el título *Las mujeres del Quijote* escribió esta inteligente artista cuyo retrato apareció en el número 6-7 de nuestra Revista.